



La Misericordia de la Visitación

Al inicio del Año de la Misericordia, presenté una homilía grabada en todas nuestras parroquias. Hoy, con miras en su conclusión en Noviembre, aquí estoy entrando a la Misa Dominical de nuevo para pensar con ustedes en una cuestión importante: ¿Qué pasos prácticos podemos ustedes y yo tomar para seguir caminando cada vez más profundo en el misterio de la misericordia cuando termine el Año de la Misericordia?

Propongo que sigamos el camino de Nuestra Señora de la Visitación. Porque si acompañamos a María en su visita a Isabel, ella nos conducirá derecho a las Obras de Misericordia en el corazón de este Año Jubilar.

La Visitación durante mucho tiempo ha sido tejida como un hilo en la misma tela de la vida Católica. Pregúntate cuántas veces al día dices el “Ave María.” Cada vez, citas las palabras de Isabel a María: “Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.” La Oración de la Iglesia en la Mañana empieza cada día con las palabras de Zacarías, esposo de Isabel, en alabanza al Dios Quien “ha visitado a Su pueblo.” Y la Oración de Vísperas trae a su término cada día con la respuesta profética de María al saludo de Isabel: “Y desde ahora” —el día de la Visitación— “todas las generaciones me llamarán dichosa.” No pasa un día en que la Iglesia no eleva el misterio de la Visitación para nuestra contemplación e imitación.

En la superficie el encuentro que estas dos mujeres parece totalmente común. ¿Cómo es que un incidente tan oscuro merece ser llamado a nuestra atenta oración día tras día, siglo tras siglo? ¿Podría ser que este encuentro ordinario aluda a prácticas extraordinarias que transformen nuestras visitas diarias en obras de misericordia como las de María? Miremos a Nuestra Señora de la Visitación como a una guía.

En el drama Evangélico de la Visitación, Nuestra Señora juega dos partes: el papel de visitante y el papel de visitada. La Virgen recién embarazada quien visitó a Isabel acababa de ser visitada ella misma—por el Ángel Gabriel—y sería visitada de nuevo—por los pastores y por los Reyes Magos. Recuerdos de estas visitas fueron los tesoros de María, el Evangelio nos dice; una y otra vez ella reflexionó en su corazón sobre el significado. Tal vez debemos buscar en nuestros recuerdos, también ustedes y yo, por las veces que hemos visitado y nos han visitado.

Cuando buscamos, visitas de hace tiempo vienen a la mente que han dejado impresiones sorprendentemente perdurables. Reflexionando sobre ellas, a la luz de la Visitación, comenzamos a ver por qué las Obras de Misericordia juegan un papel central en la enseñanza del Hijo de María, El mismo un visitante invisible ese día en el vientre de su madre. “Fui forastero y ustedes me dieron la bienvenida,” Él dirá después. “Estuve enfermo, estuve en la cárcel y ustedes me visitaron.” ¿Nos deja nuestra experiencia de visitación agradecidos como Jesús?

Cuando era niño, rara vez veíamos a nuestros abuelos, porque ellos vivían a distancia. En 1957, cuando yo tenía diez años, supimos que

ellos iban a venir de visita. Al instante mi corazón saltó a la expectativa. Día tras día, mi anticipación se intensificó—especialmente por mi abuela. Por fin, en la oscuridad de la noche de un viernes, escuché afuera los sonidos delatadores de su llegada: su coche en el camino de entrada, su pisada en el porche, una voz melodiosa a la puerta. Luego, ella entró—y la visita anhelada había comenzado! Una foto en blanco y negro de nosotros los dos jugando cartas captura por siempre la alegría que me trajo su presencia aquella noche de hace sesenta años.

Tres años después, un visitante diferente vino a nuestra puerta—no sólo una vez, sino seguido. Me enfermé ese año al término del ciclo escolar y tuve que pasar todo el verano en cama mientras que mi hermano y hermanas felizmente (y burlonamente!) corrían dentro y fuera de la casa. El contraste con mi aislamiento forzado pesaba sobre mí. Pero entonces el Padre McTeigue venía a visitarme. No platicamos mucho; tampoco él se quedó mucho tiempo. Él me dio la Comunión, y se fue a visitar a otros. Pero para mí, ver al Padre era la única cosa que esperaba durante el día, y yo sabía que yo podía contar con su venida. Él entró en mi soledad; él me levantó los ánimos; él me impedía sentirme muy mal por mí mismo. En mi mente todavía veo su rostro compasivo de visita en la mitad de ese verano postrado en cama hace ya medio siglo.

Menciono éstas memorias mías para animarlos a ustedes de recordar las suyas. Porque cuando reflexionamos sobre nuestras propias memorias de visitación, como lo hacía María, descubrimos un rasgo común que los conecta al recuento del Evangelio: la visitación nos llena de alegría. “¡Mi espíritu se alegra!” proclama María, mientras Juan el Bautista “saltó de alegría” en el

vientre de Isabel. Además, como revelan mis visitas con mi abuela y el Padre McTeigue, esta alegría es sobrepasante. La alegría de anticipación es seguida por la alegría de la visitación, la cual es seguida por la alegría de recolección. Esa es la forma en que esta obra de misericordia se desarrolla, una y otra vez: anticipación, visitación, recolección. Cada etapa nos lleva más profundo en la alegría.

Esto no nos sorprenderá si regresamos al Inicio, porque nuestro Creador nos hizo para compartir Su alegría. Incluso antes de que Él formara a Eva de una costilla de Adán, sin embargo, Dios percibió un peligro mortal a Su diseño para nuestra felicidad: “No es bueno que el hombre esté solo.” Para impedir esta amenaza Dios construyó en nuestros corazones una profunda necesidad humana para la visitación. Esta necesidad, el Príncipe de las Tinieblas fue rápido para captar como una vulnerabilidad que nunca ha dejado de explotar. “No es bueno que el hombre esté solo,” podemos escuchar decir a Satanás; “así que eso es lo que haré: voy a hacer que esté solo. Voy a frustrar sus deseos para compañeros. ¡Lo atraparé en la soledad!”

Aprendemos esta triste lección cuando nuestra experiencia de visitación va mal. Un Domingo en 1977, asistí a Misa en una parroquia donde no muchos me conocían, donde era un visitante irregular anónimo. Al salir de la iglesia, el flujo de la multitud me arrastró hacia un conocido con el que yo estaba feliz de hablar. Él me miró amablemente, nos dimos la mano y se volvió de nuevo a la persona con la que había estado hablando. Nuestra breve visita había terminado antes de que comenzara. Nadie me reconoció. Me alejé solo, dando vueltas en mi mente el dolor de mi incapacidad de lograr el acceso de comunidad. Para poder cerrar la brecha a mi

soledad ese día habría tomado una Obra de Misericordia.

“Fui forastero y ustedes no me dieron la bienvenida,” Jesús nos dice. “Estuve enfermo, estuve en la cárcel, y ustedes no me visitaron.” Aquellos que no son visitados con nuestra bienvenida no pueden conocer la alegría sobrepasante de la visitación. No tienen a nadie cuya llegada anticipan, a nadie a quien esperan ver, a nadie que espera verlos a ellos. Su reloj no repica ninguna hora de visitación—no tienen rostro qué contemplar, voz qué escuchar, mano que estrechar. En consecuencia, la celda de la prisión no visitada o la cama aislada del hospital no tiene un “después” para saborear la memoria de un visitante previo con la alegría de la recolección. “No está bien que el hombre esté solo.”

“La mayor pobreza,” La Madre Teresa solía decir, “es ser no deseado.” Qué bien sabía por experiencia: “No es bueno que el hombre esté solo”.

No es bueno estar solo porque estamos hechos para la alegría, como la Iglesia nos recuerda todos los días en la Visitación de María a Santa Isabel. “La alegría que viene de la profundidad de tu ser es como una brújula por la cual se puede saber la dirección a seguir en tu vida,” le dijo el director espiritual de la Madre Teresa mientras ella se disponía a su misión para los más pobres entre los pobres.

Cada mañana las palabras del canto de alabanza de Zacarías nos invitan a descubrir nuevamente la alegría de la visitación. “Tú, niño,. . . irás delante del Señor para preparar sus caminos” con tu bondad, para que “el Sol que nace de lo alto ilumine a los que están en la oscuridad y en sombra de muerte” y “guíe sus pasos por el

camino de la paz”.

Cada noche, el canto a la Virgen de la Visitación nos asegura que Dios ha sido fiel a “su promesa de misericordia” en el día que ha pasado. A lo largo del mundo miles de obras de Misericordia según el modelo de María “han exaltado a los humildes” y “han llenado de cosas buenas a los hambrientos.”

De cualquier manera La llamamos a Ella, por cualquier título--Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora de Lourdes, Nuestra Señora de Fátima — María nunca deja de ser Nuestra Señora de la Visitación. Si tú y yo nos ponemos en camino con ella a Santa Isabel, aquellos que visitamos conocerán a María como Madre de Misericordia aún mucho después de que este Año Jubilar haya terminado.